

San Juan de la Peña hace 950 años

HOY LUNES 22 de marzo, la querida Real Hermandad de San Juan de la Peña celebra con toda solemnidad el 950 aniversario de la entrada en Aragón del nuevo rito romano que imponían los papas, como medio de control y como base de una nueva identidad cercana a la recuperación del mensaje evangélico. Lo ocurrido en ese significativo 22 de marzo de 1071 lo conocemos bien por las noticias monásticas que recuerdan que la hora de tercia -rezada por los monjes hacia las 9 de la mañana- fue celebrada de acuerdo con el rito mozárabe hispano y que la hora sexta -momento principal del día celebrado a las 12 del mediodía- fue la que inauguró un nuevo rito impuesto por la Iglesia romana. Con él pretendían los papas controlar ese nuevo mapa espiritual que hacían los monasterios benedictinos que tan pronto se dedicaban a ordenar el territorio que les encomendaban como se empleaban en acabar con el paganismo que era muy frecuente en estas montañas, ámbito que mantenía la antigua práctica de adorar ríos y fuentes, temer a los rayos o reverenciar al sol.

Al pensar en lo que significó este momento, nos daremos cuenta de que fue el momento en el que se puso fin a un modo de rezar heredado de los antiguos padres de la Iglesia hispano visi-

gótica y mantenido por los cristianos que vivieron bajo el dominio musulmán que -conocidos como mozárabes- dieron una nueva denominación: liturgia mozárabe. Además, la amplia presencia de la familia real, de los nobles aragoneses, de los obispos y principales abades del territorio, certificaban que no era un acto más, sino que constituía la escenificación de un cambio de rumbo importante para todos los que allí estaban. No hay que olvidar que detrás de esta operación estaba la decisión papal de reforzar su autoridad, de consolidar al sucesor de San Pedro como la figura clave para el gobierno de los nacientes estados en Occidente, en ese territorio que no era otro que la actual Europa.

Era la segunda semana de la cuaresma y, como era habitual, la corte y el rey estaban en el monasterio, retirados de la actividad militar o pública, acompañados de los monjes por los que el rey Sancho Ramírez tenía una especial predilección y a los que durante toda su vida pidió la ayuda de su oración, convirtiéndola en algo habitual para los reyes aragoneses. Pero esta predilección por los monjes benedictinos cluniacenses, convertidos en un instrumento al servicio del papado, fue también fuente de disidencias encabezadas por García, obispo de Jaca y hermano del rey Sancho Ramírez, porque los prelados perdían poder frente al creciente de los

abades monásticos. Junto al obispo jaqués se irán reuniendo todos aquellos que no ven con buenos ojos que crezca el poder de los enviados papales: clérigos como el abad Banzo de Fanlo o destacados nobles del reino que apuestan por mantener la esencia y la identidad hispana heredada del reino visigodo de Toledo.

Todo ello comienza a convertirse en un enfrentamiento solapado y duro: los partidarios del control e injerencia exterior contra los que abogan por mantener la independencia de estas tierras. Estos miran atrás y aquellos miran al futuro, estos miran a la península y aquellos sueñan con la construcción monástica de un gran espacio que llamaremos Europa. No en vano, el patrón de Europa hoy es San Benito, fundador de los monjes benedictinos. Las cosas llegaron a mayores, el rey amenazó al obispo con sacarle los ojos de la cara y todos vieron que había que resolverlo, aunque la oportuna e inesperada muerte del obispo e infante García solucionó las cosas y permitió que el reino de Aragón se abriera a la tarea de consolidar caminos por el Pirineo con la vecina tierra franca, a convertir a nuestros primeros reyes en protegidos del papa frente a los reinos vecinos, a la consolidación del camino jacobeo, a la llegada de mercaderes franceses, a la rentable tarea de controlar peajes comerciales -en Canfranc o Jaca- que hi-

cieron de Sancho Ramírez un monarca rico y poderoso.

Todas estas importantes cosas estamos celebrando hoy, cuando recordamos aquella misa conventual, celebrada al mediodía, en la que se apostó por una nueva época que promueve una vida más acorde con la de los primeros cristianos, mientras los templos introducen la riqueza del canto gregoriano como sonido de la nueva Iglesia romana. Sin embargo, el rito mozárabe o rito hispánico no se perdió porque muchos clérigos y nobles lo defendieron, incluso las mujeres de la familia real de León provocaron que perviviera desde fines del siglo XI en la basílica de San Isidoro de León, los mismos años en los que la población de Toledo presionó para que no desapareciera de seis iglesias de esa ciudad abiertas en 1085. Y además, en su catedral primada se ha mantenido hasta hoy, después del apoyo que recibió del cardenal Cisneros en 1504 o de la creación -hacia 1490- de la Hermandad de las nobles familias mozárabes toledanas, que da lugar a la actual y muy Ilustre Hermandad de Caballeros y Damas Mozárabes de la Imperial Ciudad de Toledo, a la que me honro en pertenecer. ●

Domingo Buesa Conde

Presidente de la Real Academia de Bellas Artes